

sabeis, podeis sustraerle al patíbulo, y le abandonais!

»¡Decís que no os han creído; la calumnia os ha mancillado, los errores de la opinion os han aterrado! ¡Corriente! Pero os tomo en los primeros momentos del sumario, cuando nadie habia alzado todavía la voz contra vosotras. ¿Quién os impuso el silencio cruel que entonces guardásteis?

»¡Cómo! ¡señoras de Chamblas, tuvisteis miedo de que no se os creyese en vuestro país, en Puy, en medio de vuestros conciudadanos, de vuestros amigos, en esa ciudad en la que todo os protege, todo..... hasta la majestad de la religion! (sensacion prolongada.)

»¡Cómo! ¡vosotras que vivís en intimidad con los magistrados, no os atreveis á confiaros á su paternal autoridad! ¡Basta con una palabra vuestra para poner en libertad á un inocente, y esa palabra no la pronuncias! ¡Pero que hable siquiera en lugar vuestro la María Boudon! Esta se hallaba con Besson: ¡que declare que le vió! Tampoco se la creerá, sin duda, y la conducís á los países extranjeros, en donde permanece oculta...

»¿Quién no comprende, señores, la significacion del silencio de las señoras de Chamblas? ¡Callan, y sin embargo protegen al acusado, olvidando que la proteccion mas eficaz seria la de decir la verdad que le salvase! ¡Callan, y hacen que se den pasos cerca de los testigos, olvidando que no hay testimonio mas precioso que el suyo! ¡Callan, y envian listas de testigos justificativos al fiscal, olvidando que á la cabeza de esas listas debieran figurar sus propios nombres!

»Pero, ¿qué es esa proteccion que nada olvida sino aquello que en el mismo instante podria disculpar al acusado... la verdad?

»Ha sido necesario que se interrogase á la viuda para que se decidiese á hablar; pero ese primer esfuerzo aniquiló las fuerzas de aquellas dos mujeres; han huido ante los peligros de una segunda prueba; han abandonado á su cómplice. ¡Ah! Besson, os lo digo, y recapacitad bien mis palabras: ¡quizás en el secreto de ciertas conciencias existe el deseo de ver caer vuestra cabeza en el cadalso, porque vuestra muerte es el silencio, y este, para ciertas personas, es la impunidad; no digo la tranquilidad, que no la hay para los delincuentes!»

El auditorio se hallaba todavía bajo la impresion de tan bello discurso cuando el *procurador general* tomó la palabra para pronunciar su acusacion. Un análisis fiel no ocasionaria aquí mas que repeticiones. Recogeremos, pues, tan solo, las partes episódicas y las declaraciones mas graves de tan importante estudio.

—«Y sin embargo, llega la noche, se acerca la hora del crimen; Besson va á buscar á Arzac á su solitario aprisco, á Arzac que se llevara al perro con el auxilio de esa cadena acusadora. ¡Desventurado animal! él tambien tendrá que sufrir una venganza; ha sido un estorbo, un testigo; es preciso que muera, y algunos dias despues se hallará su cuerpo inanimado en los bosques de Chamblas.

(Al llegar aquí, Arzac se volvió y lanzó algunas carcajadas forzadas que contuvo la mirada fria y severa del procurador general.)

»Recordad, señores, prosiguió el órgano del ministerio público, recordad el aspecto de Arzac durante aquellas audiencias. Se dejó arrebatarse por una audiencia que fue un escándalo. ¡Cómo! ¡desgraciado! os ha herido la justicia y con un furor estúpido venís á despojaros del único interés que aun podríais inspirar! ¡Os hallais bajo el peso de una sentencia terrible, de una acusacion mas terrible todavía, y venís imprudentemente á arrostrar las miradas de la justicia cuando debiérais pedirle misericordia! ¡Ah! bien os habia juzgado Besson, bien hizo en tomaros para ayudarle: estaba seguro de vos.

»Arzac, señores, estoy convencido de ello, pertenece á esa clase, afortunadamente muy poco numerosa, de seres perversos para quienes nada es sagrado, á quienes no atemorizan ni la majestad ni los rigores de la justicia, y que no retroceden ante la vista de la sangre. Hé aquí por qué apeló Besson á su salvaje energía.»

Arzac se rie á carcajadas; el señor procurador general le dirige una mirada de profunda piedad y continua siguiendo las huellas de Besson. Hace oír el ruido de aquella puerta de la casa de Puy, de aquella casa tan tranquila y ordenada, cerrándose con estrépito hácia las doce de la noche. Al dia siguiente llega á Puy el mensaje fatal. ¿Qué respuesta se le da? *Nuestro pobre Santiago está muy enfermo.* Preocupacion singular! El amo, el padre, el esposo ha sido asesinado, y María Boudon, aquella criada impía, no piensa mas que en la enfermedad de Santiago. No se le piden al mensajero mas pormenores que los estrictamente necesarios para saber que no se habia visto al asesino. «Eso bastaba para tranquilizar á Besson. Pero no hubo mas preguntas, no hubo preguntas íntimas ni de cariño, no hubo un solo recuerdo para su víctima. Aquí es donde encuentro las pruebas mas evidentes de la culpabilidad de Besson... Ahí es donde encuentro á las señoras de Chamblas.»

Al llegar aquí se aumenta considerablemente la atencion del auditorio. ¿Qué iba á decir el órgano del ministerio público? En el misterio horrible que reinaba sobre el origen del crimen, ¿cómo hablaría acerca de aquellas mujeres á quienes la ley no perseguia todavía, pero á las que la voz pública acusaba ya tan altamente? M. Feuilhade-Chavin se recogió un momento y pronunció estas palabras, escuchadas con silencio religioso:

«Si yo creyese que esas señoras eran cómplices, lo diria en alta voz, con toda la independencia y toda la justicia que corresponden á mi ministerio augusto y severo. Mi voz á nadie pertenece; no la pongo á disposicion de pasion alguna, ya sea esta acusadora ó defensora. Yo no quiero mas que la verdad, la imparcialidad. No estoy aquí para satisfacer esa inclinacion de los hombres que los arrastra hácia el misterio.

»Si me fuese necesario resolverme, despues de haber reflexionado religiosamente, diria: No, no las